



REVISTA POLÍTICA LATINOAMERICANA  
Publicación digital semestral  
ISSN: 2618-530X  
Director: Mario Toer  
<https://politicalatinoamericana.org/revista>

**BRASIL Y DEMOCRACIA: UN DESAFÍO HISTÓRICO PENDIENTE EN LA ERA BOLSONARO**

**BRAZIL AND DEMOCRACY: AN OUTSTANDING HISTORICAL CHALLENGE IN BOLSONARO ERA**

**Constanza Cetraro**

Estudiante de la Lic. en Ciencia Política, UBA. Miembro del GICP «La pobreza en Argentina en el siglo XXI, su medición y la actuación del Estado para su erradicación y/o disminución».

Correo: [coni.cetraro@gmail.com](mailto:coni.cetraro@gmail.com)

## RESUMEN

La democracia, como régimen político y forma de sociedad, constituye en Brasil un desafío histórico y un asunto pendiente para los sucesivos gobiernos que hoy se expresa más que nunca en la emergencia de Bolsonaro y su construcción de poder político. En primer lugar, este análisis recorre la trayectoria estatal, institucional y sociocultural más relevante, haciendo hincapié en las metamorfosis que sufre el Estado varguista, orientadas a la democratización política y liberalización económica. Se delinean así rasgos fundamentales de la política brasileña como la descentralización y regionalización del poder que resulta en un presidencialismo de coalición; características que son tanto causa como consecuencia de la nueva Constitución de 1988. El punto de inflexión son los cambios simbólicos que implicó el lulismo, leídos desde las rupturas producidas a partir del 2013; hechos en los que se hace especial énfasis. Aparecen en los últimos años las contradicciones y deudas irresueltas de una sociedad desigual que aún no ha visto realizada esa democratización que la salida de la dictadura había prometido. En un contexto de polarización y radicalización, el horizonte de representación política del pueblo brasileño parece estar todavía abierto y en disputa.

**Palabras clave:** Brasil, democracia.

## ABSTRACT

Democracy, as a political regime and a form of society, in Brazil constitutes a historical challenge and an outstanding, unfinished matter for the successive governments that today is more than ever expressed in the emergency of Bolsonaro and his construction of political power. To begin with, this analysis goes over the most relevant state, institutional, social, and cultural trajectory, highlighting the metamorphoses of the Vargas State, which were oriented to political democratization and economic liberalization. Fundamental aspects of Brazilian politics are then drawn, such as decentralization and regionalization of power resulting in coalition presidentialism; features that are both cause and consequence of the new 1988 Constitution. The turning point are the symbolic changes that lulism implied, read through the fissures produced from 2013; facts on which a special emphasize is made. In the last years, contradictions and unsolved debts of an unequal society appear; one which has not seen achieved that democratization process the end of dictatorship had promised. In a context of polarization and radicalization, Brazilian people's horizon of representation seems to be still open and in dispute.

**Keywords:** Brazil, democracy.

## Introducción

*“[...] Votar em Bolsonaro foi, para muitos, a única forma de fazer política e se sentirem incluídos no coletivo. Uma forma de ser gente e ter um lugar no mundo. Isso, é claro, em meio ao vazio populista de projetos que se sustentavam apenas no personalismo. As pessoas se agarravam a figura do então candidato no meio de um deserto político. [...]”*

*(Rosana Pinheiro-Machado, 2019, pág. 122-123)*

Brasil parece hoy un péndulo que oscila entre una amenaza autoritaria y el nuevo rearme de un *establishment* liberal: en ninguno de esos senderos se vislumbra la apertura de un espacio de representación popular auténtico. La pandemia de Covid-19 arribó al país en un escenario político, social y económico marcado por las expectativas alrededor de la figura de Bolsonaro y la influencia creciente de aquellos grupos que fueron su apoyo original: las iglesias evangélicas, los militares, los grandes poderes económicos como el financiero y el agro. La sociedad brasileña, que todavía se encuentra atravesando los efectos del fracaso petista, la inestabilidad y polarización cultural, aún no ha hallado esperanzas de proyectar una salida en alguna propuesta política.

La excepción que había comportado Bolsonaro en su victoria de 2018, si bien pareció dar señales de diluirse, en este último tiempo vuelve a posicionarse como tal gracias a políticas ad hoc de auxilio económico. Mientras éstas provocan un aumento en su valoración positiva entre un sector más pobre, también se dedica a negociar con el *centrão* parlamentario, necesario en tanto y en cuanto su fuerza política, como la mayoría en Brasil, depende de constantes acuerdos y transacciones para hacer efectivo su poder.

Esta ausencia de opciones genuinas, sólidas y visibles, junto al agravamiento de problemáticas sociales, como la desigualdad y la violencia cotidiana, reflejan las deudas irresueltas de la república brasileña y la debilidad de su democracia, entendida como régimen político y forma de sociedad.

Desde su conformación nacional, pasando por las configuraciones republicanas y autoritarias, hasta la emergencia del lulismo, se constituyeron y resignificaron antecedentes históricos claves que hacen a su identidad y cultura política. La construcción de una hegemonía y un proyecto de país en una nación cuyo límite privado-público fue y es siempre fluido, dinámico y en eso, determinante, conforma uno de esos trazos fundamentales alrededor de los cuales se articularon las disputas de poder. El otro rasgo tiene que ver con la estructura social brasileña: la herencia colonial fue deslizándose con el tiempo hacia una desigualdad intrínseca, anclada en el elitismo y la pobreza multidimensional. La inclusión verdadera de estos sectores populares es el eje para considerar la relación del Estado con la población, el lazo entre la política y el pueblo. En fin, el carácter del vínculo que existe entre la gente y la democracia.

¿Qué democracia hay y es posible en Brasil hoy? ¿Qué rupturas y/o continuidades se observan desde el final de la dictadura militar y sus promesas? ¿Qué representa

Bolsonaro en esa trayectoria de búsqueda de representación y participación política del pueblo?

Será la lente consternada por la *reparación, reinención y rearticulación del campo derechista* (Goldstein y Rezende, 2016) la que tratará de pensar de forma crítica qué fue lo que realmente ocurrió durante los gobiernos del PT para que luego haya tenido lugar ese fenómeno político y consecuentemente, *Bolsonaro*. Son las transformaciones políticas, sociales y culturales que se dieron en Brasil en los últimos (casi 20) años sobre las cuales reflexiono, con una mirada contemporánea preocupada por el devenir de los tiempos. En esa tarea, el trabajo de Rosana Pinheiro-Machado *Amanhã vai ser maior: o que aconteceu com o Brasil e possíveis rotas de fuga para a crise atual* (2019) iluminó algunas de estas preguntas, además de señalar posibles salidas. Con ello, no refiero sólo a la amenaza autoritaria en el discurso y poder de Bolsonaro o al *establishment* liberal que siempre logra reacomodarse, sino al desafío histórico pendiente que es la democracia en Brasil.

### **Antecedentes históricos**

Las raíces brasileñas se asentaron en la tierra misma. El mundo de la *fazenda*, sociedad jerárquica, esclavista, dirigida por terratenientes regionales, grandes hacendados que acaparaban poder económico y social, calaría hondo en el imaginario nacional. La explotación económica del café, la ganadería, la agricultura, eran aquello sobre lo que se apoyaba el poder público de estos hombres que fueron forjando, en esa concentración, una cultura de la negociación en la que la esfera privada y la pública no tenían una frontera clara y en la que el resto de la sociedad permanecía al margen de cualquier representación política y reconocimiento social.

Esta particularidad elitista de la cultura política tampoco había sufrido relevantes mutaciones tras la declaración de la independencia. En contraposición a los procesos beligerantes que marcaron a fuego las sociedades hispanoamericanas en las luchas por su emancipación colonial y en la consolidación de sus nuevos regímenes políticos, la entonces colonia portuguesa había dejado de serlo sin grandes trastocamientos en la estructura social. Todo lo contrario, durante el Imperio (1822-1889) y posteriormente, en el establecimiento de la República (1889-1930), se acentuó e institucionalizó el *coronelismo* – forma de organización política en que el poder descansaba en los hacendados y coroneles – y así también la *política de los gobernadores* – acuerdos políticos que garantizaban esos intereses regionales. De hecho, los enfrentamientos que habían ocurrido estuvieron relacionados a participar o no de ese mismo Estado, en función de qué forma se iban a beneficiar aquellos. El federalismo resultante confirmó la descentralización y regionalización del poder.

La Primera Guerra Mundial y de manera definitiva, la crisis del '30 en Brasil, llevaron a la necesidad política y económica de una nueva alianza de poder que fuese capaz de reorientar recursos a la industrialización, en un contexto internacional adverso para toda América Latina, que sacudió el dominio de un paradigma económico ortodoxo, agroexportador y vulnerable. Fue en ese marco que Getúlio Vargas se instala en el poder en 1930, apoyándose en la derecha y el Ejército, de a poco desplazando a sus adversarios por izquierda y por derecha.

Una lectura esencial de Vargas es su identificación como gobierno populista en el sentido clásico: en un país en que el pueblo y la política se hallaban escindidos o apenas conectados por el clientelismo, la construcción de su figura renueva ese lazo con las masas, uniendo varias demandas insatisfechas por siglos y separando ese campo popular de la oligarquía, representada en las instituciones republicanas corruptas (Laclau, 2006). Vargas se vuelve líder popular, asume la tarea de canalizar esas miserias y refundar esa institucionalidad. Si, además, una manera de entender al populismo es como una *convocatoria* (Toer, 2010); como un llamado a diversos sectores sociales para un proyecto político y económico nacional, el varguismo fue un ejemplar acabado. Luego del trágico suicidio, ¿cuál fue el legado que este líder político dejó? No sólo se erigió como referencia simbólica, sino que lo trascendental fue el modo estatal que procuró instalar y que permaneció más o menos estable durante la mayor parte del siglo XX. Más allá del *Estado Novo* y su tinte fascista (1937- 1945), del carácter autoritario de algunos de sus gobiernos y de sus momentos democráticos (1950-1955), la sociedad se vio atravesada por la consolidación de la alianza nacional-desarrollista, la forma fundamental del Estado brasileño.

Este Estado varguista que comenzó a dibujarse en 1930 y que sería hegemónico hasta su crisis hacia el final de la dictadura militar en 1985, era esencialmente autocrático – fuerte, centralizado, articulador y capitalizador de intereses de las elites – y desarrollista (Sallum, 2003). Su relación próxima a EE. UU. y la oportunidad de inversiones extranjeras fueron centrales para que el país se transformara en un referente regional del avance industrial. Simultáneamente, como se hallaba alineado a los principales actores económicos nacionales, el *establishment* era casi hermético: la presencia política de las burguesías regionales mantuvo la representación parlamentaria como una constante que salvaguardó siempre sus intereses y las presiones alrededor de los gobiernos más progresistas fueron avasallantes.

Cuando el modelo de sustitución de importaciones mostró signos de agotamiento, a partir de estas inversiones extranjeras y el aprovechamiento del excedente cafetalero, se produjo un giro fundamental que además de escapar del estrangulamiento que asoló a otros países latinoamericanos, lo posicionó aún más al frente. Este viraje estratégico dentro del *nacional-desenvolvimentismo*, consolidándolo plenamente como modelo, tuvo lugar durante el mandato de Juscelino Kubitschek, entre 1956 y 1960. Mediante una renovación de la alianza pública-privada que sostenía al poder hegemónico, consiguió desplegar la industria pesada y automotriz, haciendo partícipe a la burguesía cafetalera paulista de las inversiones en ese sector. Esa región se modernizó económica y socialmente: alrededor de Sao Paulo se fue asentando todo un cordón industrial, el ABC, creando masas obreras, cuya activación política determinante tendría lugar recién dos décadas después. Mientras tanto, Brasil se mantenía como un país elitista, desigual, en el que una gran parte de la población se mantuvo pobre y marginada de ese desarrollo modernizador.

Tras la renuncia de Jânio Quadros – que había intentado mostrarse casi como *outsider* en términos de hoy – el gobierno de João Goulart fue el último intento progresista antes del golpe del '64. Este exministro de Trabajo de Vargas lanzó una campaña de alfabetización, recibió el apoyo de sectores nunca antes representados por una figura política como los estudiantes, los campesinos, los sacerdotes de la *opción por los pobres*. Esta nueva experiencia popular quedaría trunca y sus esperanzas, latentes.

Durante la dictadura militar, el peso y la gravitación de las elites se acentuó con el clientelismo, posibilitando la continuidad de la representación parlamentaria de sus intereses y debates intra-establishment (Toer, 2015). Más allá de los movimientos de resistencia, el endurecimiento de la represión y persecuciones, la larga dictadura en sí misma no fue un quiebre del modelo estatal centralizado, ni del pacto industrialista, ni de los grupos de poder hegemónico, en el sentido de que no fue hasta fines de los 70 que se vislumbra un verdadero cambio de rumbo.

### *As metamorfoses*

Comprender las *metamorfosis* que sufre el Estado brasileño (Sallum, 2003) y, por consiguiente, las instituciones de la democracia, no puede desligarse de la compleja coyuntura económica internacional en la que se desplegaron. Debemos, además, lanzar una mirada política sobre estas transformaciones: no hay régimen de acumulación que pueda desentenderse de una construcción social e institucional hegemónica para su fluido funcionamiento. Por ende, si aquel entra en crisis, inevitablemente todo ese andamiaje formal también y es cuando le toca reordenarse. Efectivamente, ese proceso es el que sacudió a los países desarrollados a fines de siglo y tal fue el escenario que impactó material y simbólicamente en el mundo periférico. ¿Cómo Brasil vio convulsionado su propio paradigma? Debilitado el círculo virtuoso que la había llevado a “gigante industrial”, hubo de repensarse también al que había sido su Estado articulador. Dicho de otro modo: el monumental Estado varguista, entendido como una suerte de pacto, de alianza social, económica y obvio, política, sintió la erosión de sus cimientos. Así fue como los dos procesos de reformas, liberalización económica y democratización política, terminaron por encarrilar no sólo el fin del gobierno militar sino también la metamorfosis casi total del Estado.

Desde la perspectiva de Brasília Sallum Jr. (2003: p.1), el Estado varguista había sido “el núcleo organizador de la sociedad, dejando poco espacio para la organización y la movilización autónomas de grupos sociales (sobre todo de los vinculados a las clases populares)”. Las reformas estructurales políticas superaron la mera reapertura y fin de la dictadura militar: exigieron toda una nueva legislación que diera cuenta de la activación de la ciudadanía. Había llegado la hora de que hubiese una representación política de mayores sectores de la sociedad.

La escena para que las masas emergieran como agentes políticos se había preparado justamente a fines de los '70, con las huelgas de trabajadores industriales del ABC y la creación de la CUT, tras los signos ineludibles de recesión económica. Para 1980, estas demandas sindicalistas sectoriales lograron confluir con sectores de izquierda, algunas bases de la Iglesia católica, estudiantes y campesinos y conformaron el novedoso Partido de los Trabajadores (PT). Esto implicó todo un acontecimiento y reflejó una innovación en el universo de la acción política en Brasil. Por supuesto, más allá de las protestas y resistencia en los '60, los movimientos guerrilleros, la política brasileña formal se circunscribía a aquel *establishment* en el que los sindicatos como fuerza real de presión eran impensados – recordemos el control sindical vertical de Vargas sobre ellos. Después, durante la dictadura, salvando ese interludio en que se cortó el funcionamiento de las instituciones representativas, la disputa política se había limitado a ARENA – el partido oficialista – y el Movimiento Democrático Brasileiro, que



evolucionaría al PMDB, luego del inicio de la reapertura impulsada por Geisel y Figueiredo.

En el advenimiento del capitalismo financiero liberal, el punto es que estas estructuras ya no podían contener ni al descontento social ni se condecía con las variaciones en los intereses de las elites. Éstas iniciaron en este momento su acercamiento a la necesidad de una liberalización, por lo que la alianza nacional-desarrollista se fue resquebrajando. El detonante fueron los problemas con los pagos de la deuda externa al principio de la década de los '80 que evidenciaron que ni el vínculo con EE.UU ni la estructura de la cual éste era base eran ya sostenibles en los mismos términos.

Luego de las inmensas movilizaciones bajo la bandera «*Diretas Já*» y el fallecimiento de Tancredo Neves, un factor para ver por qué el gobierno Sarney fue tan dificultoso y por qué luego Collor de Mello tuvo que apelar al decisionismo, es que la transición a la democracia potenció, antes que una nueva alianza nacional capaz de llevar adelante esas transformaciones económicas, el fortalecimiento de los poderes locales. Esto es resultado en parte del acentuado proceso de descentralización por la transferencia de recursos políticos y económicos desde la administración central a los estados y municipios (Torre, 1998, p. 25). El centro político que proveían los militares, mientras se desenvolvían poderes económicos diversificados, desapareció y dio paso a que los referentes políticos fueran los gobernadores y representantes locales. De hecho, la victoria de la fórmula Tancredo Neves – José Sarney se sostuvo en estas redes, ya insinuando el estilo del PMDB de ser una bancada legislativa.

Este nuevo equilibrio institucional quedó reflejado en la Constitución de 1988. Fue quizás el hito mayor de la gestión de Sarney, marcada por la irresoluble inflación, problemas económicos y fracasadas soluciones.

En palabras de Juan Carlos Torre: “el ajuste estructural ha sido más vasto y profundo allí donde las elites gubernamentales han logrado secundar la decisión en favor de las reformas con una alta concentración del poder y la autoridad [...]” (1998: pág. 4). A pesar de que Fernando Collor de Mello se había presentado ante la opinión pública como una renovación de la política, haciendo eco del clima de época al atribuir la crisis económica a la injerencia del Estado en la economía, su incapacidad de llegar a soluciones pertinentes y perderse en los vicios de la gestión burocrática, su propia administración reveló irregularidades y múltiples problemas de corrupción. En fin, sus dos años de gobierno fueron, sin dudas, profundamente una ruptura que no hizo más que profundizar la crisis, con la excusa – que resuena hoy más que nunca – de reducir la brecha fiscal y la brecha externa (Torre, 1998).

Durante el gobierno de Itamar Franco, el éxito del Plan Real llevado adelante por Fernando Henrique Cardoso en estabilizar los indicadores económicos lo condujo a la presidencia, al apoyo parlamentario y al triunfo de aliados en varios estados. Sin embargo, la crisis cambiaria complicó sus demás promesas. Los partidos de oposición aprovecharon esta instancia de debilitamiento y se fortalecieron, provocando que desapareciera la solidez del apoyo parlamentario del que se había valido. Aunque había conseguido medidas innovadoras, la pobreza y el descontento tampoco pudieron ser acalladas.

En fin, lo que estas dos décadas evidencian son tanto las causas como las consecuencias de la nueva constitución. El multipartidismo, la casi nula disciplina partidaria, los presidentes que llegan al poder con pequeños apoyos parlamentarios, la necesidad de establecer coaliciones y constantes acuerdos. Sancionada en 1988, además de ratificar estos componentes de la vida política brasileña, fue una bisagra para el establecimiento de su democracia y a su vez fue la pata política de las reformas estructurales del estado brasileño.

Las *metamorfosis* de fines del siglo XX nos han dado las siguientes directrices para entender la democracia que sobrevendría en el siglo XXI: descentralización, fortaleza y diversidad de poderes locales, presidencialismo de coalición, partidos políticos con un débil arraigo social y endeble control parlamentario, con el desafío de abordar las desigualdades históricas latentes e incluso acentuadas por las consecuencias de las políticas neoliberales. La brecha social agravada por el problema de la racialización de la pobreza y la falta de oportunidades para muchos sectores mantuvo casi intacta esa herencia colonial de una estructura jerárquica y aparentemente, inmutable.

### **El país de Lula: «un Brasil que se encontraba consigo mismo»**

América Latina y Brasil en especial recibieron al siglo XXI heridos por la violencia de las dictaduras militares, procesando el fracaso del proyecto neoliberal de las elites gubernamentales y admitiendo la gran deuda de la democratización política: la inclusión social de grandes sectores vulnerados por las políticas públicas de desregulación económica. Dejada atrás la insistente responsabilización de las crisis a los límites del nacional-desarrollismo y desmantelada su vieja forma estatal centralizada, quedaba abierta la posibilidad de ensayar un nuevo modelo de Estado y una democracia más igualitaria. Esta vez, una que pudiese combinar una economía de mercado con una mayor participación social.

El lulismo fue sólo una de todas las novedosas irrupciones que conformaron el *giro a la izquierda* en la región. Este nuevo ciclo se iniciaría en Brasil cuando finalmente triunfó Lula en 2002. Una forma de interpretarlo podría ser bajo la lente de Ernesto Laclau (2006) y su aparato conceptual sobre el populismo, entendido como una forma de construcción política. Si usamos sus términos, sostengo que Lula, como líder político que encabezó un proyecto inédito, sí llegó a ser el nombre que terminó de establecer una cadena equivalencial entre las demandas particulares insatisfechas, articulando un campo popular que tuvo su figura como referencia. Desde su retórica y alusiones a su origen trabajador sindicalista, a su política social concreta (*Bolsa Familia* como caso paradigmático), se construyó lo que podemos denominar *lulismo*. La sociedad brasileña, en varios aspectos – aunque el paso de los años indicaría que quizás no los suficientes – resultó más justa e igualitaria.

Hay cierto consenso sobre el *lulismo* (Rezende y Goldstein, 2016) como un *reformismo gradual y conservador* (Singer, 2012) y como un *pacto nacional-desarrollista* (Bresser Pereira, 2013), de alianza con las grandes empresas nacionales (Boito Jr., 2016) y con una agenda innovadora de política social sustentada en los buenos rendimientos económicos. El PT, para principios de siglo, era una expresión de izquierda con el arraigo social suficiente para ser una opción factible de gobierno y una vez al poder,



mantuvo una relación estable con las formas institucionales típicas, además de asociarse con los poderes económicos.

Fuerza prometedora, este partido de origen sindical decidió jugar las reglas del sistema para intentar llevar a cabo los programas de los movimientos sociales autónomos y las organizaciones que lo integraron. En ese camino emprendido, el ejercicio mismo de gobierno le permitió incluso ampliar su electorado «hacia abajo». Partiendo de su base original – sindicatos obreros, ciertas zonas rurales y el respaldo de los sectores medios en el sur – luego ganó presencia electoral en el resto del territorio, como las periferias urbanas y sectores de trabajadores informales, y sobre todo el nordeste, históricamente controlada por coroneles y hacendados locales. Más allá de su ortodoxia financiera, hubo un relanzamiento de iniciativas desarrollistas (Bndes, Banco do Brasil, proyectos de infraestructura e investigación); llegó a registrarse una menor desigualdad social: se estrechó la diferencia de renta entre ricos y pobres y se redujeron las diferencias salariales entre el interior y la capital de los estados; se fortaleció la red de protección social y se expandió la educación (Ramírez Gallegos, 2006, p. 42-43). Sin embargo, el proceso de cambio social no fue, al fin y al cabo, tan fuerte como las esperanzas suscitadas en la población: su alta integración a la economía global más las inercias de los años neoliberales dificultaron el cumplimiento de muchas promesas. La mayor parte de las reformas que se habían propuesto no llegaron a realizarse.

### **Rupturas y desencantos**

Dos banderas centrales que habían incentivado el apoyo popular al lulismo habían sido la inclusión social – lo que quedó más que claro – y el combate a la corrupción como impugnación a un sistema político disoluto. Para poder realizar esas y otras metas de gobierno, Lula tuvo que operar dentro de aquellas coordinadas políticas que se consolidaron tras el establecimiento de la nueva constitución. En primer lugar, un *presidencialismo de coalizão*: “la necesidad de construir coaliciones políticas que posibiliten la gobernabilidad en un escenario de alta fragmentación partidaria”. Tal cual lo describen Rafael Rezende y Ariel Goldstein (2016, p. 3), este rasgo inherente a la república brasileña reveló sus efectos nocivos sobre la democracia luego del escándalo del *mensalão*.

En 2005, un diputado del PTB – éste y el PP eran los *partidos de aluguel* a los que el PT había tenido que recurrir para conseguir apoyo parlamentario – Roberto Jefferson, denunció la existencia del pago de mensualidades por parte del gobierno a esos parlamentarios. Básicamente, quedó revelado cómo el PT había tenido que jugar bajo las reglas sucias del sistema político, como el reparto de cargos y la compra legal e ilegal de apoyo político para poder consolidar su predominio. Este escándalo no sólo alimentó las denuncias constantes y el desprestigio en los medios de comunicación masiva, sino que revivió, muy de a poco, el desencanto en las instituciones políticas. En cuanto al PT, tuvo que reconfigurar sus redes de poder para no seguir perdiendo su liderazgo. Se vio obligado a realizar lo que había intentado evitar: una alianza con el PMDB en 2011, que cristaliza en la fórmula presidencial Dilma Rousseff – Michel Temer. El costo de compartir la administración gubernamental con esa fuerza política fue, por supuesto, la resignación de una gran parte de la agenda progresista (ídem: p. 4). Bajo la amenaza latente del deterioro de la gobernabilidad, el lulismo se fue asimilando a este status quo, en el que el PMDB está plantado como un actor de veto para todos los

partidos políticos. Éste puede operar tanto como sostén y como potencial oposición con una facilidad que demuestra la lasitud característica de la república federal brasileña debido a su localización de las fuerzas e intereses.

Por otra parte, en cuanto a la opinión pública, lo que colaboró para mantener la estima social del PT fueron los efectos positivos de las políticas sociales que hemos nombrado. Rosana Pinheiro-Machado (2019) reconoce que en esta inclusión social por el consumo se produjo una *insubordinación* de las camadas populares, que históricamente habían permanecido bajo una lógica de sumisión. La experiencia lulista fue para éstas una era de esperanza y *autovalor*; en la que sintieron que eran reconocidos como personas dignas, aunque fuese a través del prestigio que brinda lo material, por el resto de la sociedad. Mientras este apoyo popular se mantuvo más o menos constante, lo previno de una mayor erosión de poder. Lo mismo podemos decir sobre la alianza lulista con los sectores dominantes: se mantuvo mientras las elites no perdieron privilegios ni dejaron de percibir beneficios en este trayecto reformista de articulación de intereses. No obstante, hay que admitir que fue chocante para esta cultura de resabios esclavistas ver a los pobres, negros, consumir en los shoppings, vestir ropa de marca, obtener celulares, ir a la universidad. Ni hablar de cuando tuvo lugar en 2014 la formalización del trabajo doméstico, un área totalmente simbólica de esos vínculos tradicionales de dominación de clase, género y raza que habían permanecido arraigados por siglos.

El cambio de signo se dio cuando el auge de los *commodities* empezó a retroceder, desacelerando el crecimiento y dificultando seriamente la capacidad de promover la redistribución a partir de la acumulación. Estos obstáculos económicos confluyeron con el cansancio creciente de la población frente a la constante difusión de escándalos de corrupción. Esto favoreció, nuevamente gracias a los medios hegemónicos, un escenario de crítica, cuestionamiento, desgaste de la fuerza política del lulismo.

“[...] la receta lulista (beneficios para «los de abajo» sin confrontar con «los de arriba»), que trajo muchas conquistas al país, fue sepultada por las circunstancias [...] El auge del lulismo ya pasó; de [...] un **Brasil que se encontraba consigo mismo**, capaz de distribuir ganancias, comenzar a reparar deudas sociales y raciales, fomentar revoluciones simbólicas y construir una nueva inserción internacional. En junio de 2013 –en el marco de la ola de protestas iniciada por el aumento del transporte público, que desató un cúmulo de reivindicaciones– se selló **el fin de ese proceso**. [...]” (Tible y Moraes, 2015: pág. 10).

### 2013 – 2018: «o país rachou ao meio»

¿Qué es lo que ocurrió en junio de 2013? ¿Por qué desde esos acontecimientos Brasil parece haber entrado en un ciclo de inestabilidad y vulnerabilidad político-social? ¿Cómo *a revolta dos 20 centavos*, una protesta general por el aumento en los pasajes del transporte público, se extendió a una ocupación inédita de las calles, resignificándose en un reclamo total a la democracia política?

Para explicar ese momento efervescente y trascendental, la autora Rosana Pinheiro-Machado identifica una serie de procesos (2019: p. 29-33). Señala el *surgimiento de ciudadanos que quieren más* – personas más críticas y con más recursos para manifestarse – y la *creación de hijos rebeldes* – una nueva generación educada capaz de

exigir una mayor y mejor democracia. Al mismo tiempo, llama *la esperanza precaria* a las deudas en salud y transporte públicos sin saldar tras el crecimiento económico, contrastantes con los gastos exorbitantes de los preparativos del mundial de fútbol del 2014. Menciona también a los *huérfanos de la gobernabilidad*, aquellos que, o bien se distanciaron del PT tras los escándalos de corrupción, o para quienes este partido representa ya al mismo *establishment*. Por último, no por eso menos importante, *la represión («o recalque»)* de las elites: la ofensa sentida por estos sectores tras la disruptiva insubordinación de los sectores populares que trastocaba siglos de dominación social y hacía tambalear sentidos y ordenamientos culturales machistas, racistas y clasistas.

La pregunta que surge aquí es: ¿qué sectores sociales podemos reconocer con mayor presencia y participación en los acontecimientos de Junio de 2013? André Singer sugiere que hubo dos concurrencias fundamentales: «una clase media tradicional inconforme con diferentes aspectos de la realidad nacional» y un «reflejo de un nuevo proletariado de trabajadores, en general jóvenes, que consiguieron empleo formal en la década lulista pero de características precarias.» (2013, pág. 27). Analiza, además del alto nivel educativo general de los concurrentes, que lo novedoso de esta movilización no fue sólo la confluencia de sectores tan diversos, sino también de posicionamientos ideológicos: prácticamente hubo presencia de todo el espectro político y que se leían demandas materiales como posmateriales. Una gran parte de la sociedad brasileña se había desencantado con la idea de que la clase política fuese el agente de transformación social por excelencia. Reclamaba formas más horizontales, descentralizadas y transparentes de ejercer la participación democrática.

Pinheiro-Machado sostiene que estos acontecimientos produjeron tanto *escisión como cohesión del orden social y político* (2019, p. 29). Hubo algo que ya venía al borde de resquebrajarse y que finalmente se rompió: el lazo representativo con el PT. Uno de los principales problemas fue que éste no supo leer correctamente lo que estaba ocurriendo ni logró capitalizar de manera eficaz la energía vital de estas movilizaciones. Al contrario: las descalificó y englobó bajo el rótulo simplista de manifestaciones opositoras o incluso golpistas. Desconoció la pulsión democrática que las había inspirado, causada por los logros históricos – mayor acceso a la educación, menor brecha social – de su propio proyecto político progresista. Fue esta ruptura del vínculo existente entre un gobierno popular y las masas la que dejó libre un espacio de representación.

Con una izquierda perdida y retraída, fuerzas de centro absorbidas por la dinámica institucional, fue el turno de los movimientos sociales y grupos de derecha de disputar el sentido de esa efervescencia social. Es esta escisión del orden la que podemos apreciar en la aguda polarización sociopolítica de las elecciones de 2014, con la ajustada reelección de Dilma Rousseff. En cuanto a su simultánea cohesión, no es observable a simple vista; podemos pensar que la autora refiere al sentimiento colectivo que conmovió a todos esos sujetos que ocuparon el espacio público en defensa de lo común y para quienes la inclusión a través del consumo no era suficiente para construir una democracia real.

Tible y Moraes se preguntan: “¿cómo pensar la revolución simbólica lulista, la irrupción de junio y la entrada en escena de una nueva generación y de sus colectivos, y la

posibilidad de que esa energía desemboque en un proyecto político más «organizado»?” (2015: pág. 11). Bueno, ahí está el quid de la cuestión: quizás ya no comulguen ni con la lógica tradicional de elementos englobadores (“lulismo”), identidades políticas homogéneas (PT) ni de ellos derive un salto político definitivo. El peligro está en aquellos que posean los recursos para organizarlas de manera inmediata y hacerlas converger con otros intereses, ciertamente antipopulares.

Ésa fue la estrategia política de las derechas –tradicionales y nuevas – que empezó a funcionar desde ese punto histórico, se fue nutriendo del descontento creciente, supo articular otras *revoltas ambiguas* (Pinheiro-Machado, 2019) como la huelga general de camioneros en 2018 y reunir el capital simbólico suficiente para dar vuelta las relaciones de poder y disputar la hegemonía.

En el nuevo ciclo abierto, con la ausencia de referencias claras, la sociedad brasileña está partida en dos:

“Por un lado, un campo progresista y de radicalización de la democracia, que actúa orientado por valores como la igualdad, la justicia, la pluralidad, la diferencia y el buen vivir. Por otro lado, un campo reaccionario, marcado por el autoritarismo, ciertos trazos fascistas y antidemocráticos y por la defensa de los privilegios de clase y de la propiedad privada, y con una visión siempre evasiva de la libertad.” (Bringel, 2016, en Rezende y Goldstein, 2016).

Este panorama de inestabilidad y pérdida de legitimidad no fue más que acentuado por la causa *Lava Jato*, conformando una de las directrices de este período: la constante intromisión del poder judicial en la política y su utilización para el acopio de poder de los partidos conservadores y de derecha, en detrimento de la imagen pública del PT. Sin ninguna respuesta fehaciente a las acusaciones, la izquierda, que había sido el centro de la construcción hegemónica, se mostraba ahora absorbida por la vorágine del status quo, lo que quedó cristalizado en la elección de un economista ortodoxo para el Ministerio de Finanzas con un plan de ajuste entre manos.

La imbricación de factores como la conflictividad social en ascenso en este marco de polarización; el reflejo mediático de una realidad de inseguridad, narcotráfico y violencia; la opinión pública sobre el PT como un partido de corruptos debido a la causa *Lava Jato*; fueron detonadores para el aislamiento político en el que se hallaba el gobierno de Dilma Rousseff. Paralelamente, esta sensación de ausencia de respuestas fue despertando la inclinación de algunos sectores de la ciudadanía por posicionamientos más extremos, polémicos y disruptivos, como el pedido por la intervención militar, el endurecimiento de las acciones policiales, a la par que emanaban reacciones conservadoras ante nuevos movimientos sociales – también derivados del mismo 2013 – como el feminismo, organizaciones territoriales y contra el racismo.

En estos tiempos tumultuosos, toda esta percepción negativa de la situación del país se entremezcló, con efectos explosivos, con algunos rasgos socioculturales nuevos de incidencia política directa: el papel cada vez más influyente de las Iglesias neopentecostales. Las expectativas de ascenso social animadas en los años dorados del lulismo armonizaron con las formas de subjetividad neocalvinistas, en un contexto regional e internacional de revalorización del neoliberalismo y su cosmovisión. Este

fuerte condimento religioso tuvo su correlato político: no sólo en lo concreto del aumento en la cantidad de parlamentarios y funcionarios pertenecientes a estos credos sino también en el resurgir de posturas ultraconservadoras, machistas e individualistas. Como expresa Rezende (2018), el antipetismo, como significante vacío, logró aglutinar a estos sectores que culparon al PT de los males que atravesaba el país desde una mirada moralista que diluye la frontera pública-privada de sus declaraciones y acciones políticas.

Éstos son algunos factores que explican, en parte, la *renovación, reinención y rearticulación del campo derechista* (Rezende y Goldstein, 2016). Esta nueva y vieja alianza logró llevar a cabo el impeachment de Dilma Rousseff, allanando el camino para que Michel Temer tuviese el margen de acción suficiente para iniciar una liberalización económica, a pesar de contar con casi nulos apoyos populares. La implementación de una reforma laboral, el uso de la represión, la militarización del territorio y un ajuste general, marcaron sus dos años de gestión.

En conclusión, la derecha, en esta forma actual que fusiona conservadurismo político y liberalismo económico, encarnada en los evangélicos, el agronegocio, el mercado financiero y los militares, terminó de hallar en la figura de Jair Bolsonaro la posibilidad de legitimar electoralmente su proyecto de construir una nueva hegemonía. El encarcelamiento de Lula y la candidatura débil de Fernando Haddad ratificaron que, para disputar el poder de forma consciente, todavía quedaba sin resolver este interrogante: ¿cómo renovar, reinventar y rearticular el campo de la izquierda?

## **2018: Bolsonaro**

Las elecciones de 2018 marcan el fin de esos años de “limbo” y un *fin de ciclo* (Rezende, 2018). Al momento del triunfo de Bolsonaro, se observó una polarización y recomposición de los campos políticos; la construcción de nuevas subjetividades y la ruptura del pacto social de la Constitución de 1988, que había iniciado una era democrática de mercado (Rezende, 2018, p. 5.). Tanto él como Goldstein argumentan que fue el *antipetismo* el catalizador de esa victoria, más que Bolsonaro: aquel fue el verdadero vencedor.

Además del sentimiento generalizado de rechazo hacia el PT, este proceso electoral tuvo un carácter excepcional debido al impedimento legal de la participación de Lula, por supuesto, y en cuanto a las estrategias puestas en práctica. La utilización de las redes sociales, en su uso legal como ilegal, fue el factor decisivo para inclinar la balanza aún más: la campaña política de la ultraderecha se basó, más que en nuevas formas de ciberactivismo político 2.0, en la propagación de *fake news*. Fue específicamente su difusión en WhatsApp la que permitió instalarlas en la opinión pública e influir en ella. De repente, la vida cotidiana del común de los ciudadanos, con sus injusticias, cansancios, problemas, fue el terreno fértil para sembrar más rechazo y odio hacia el PT: frases sacadas de contexto o inventadas, historias mal contadas, vocabulario agresivo, fotos y videos se expandían como plaga en los celulares. Esta fue la táctica más simple que encauzó el antipetismo en el voto a Bolsonaro (Pinheiro-Machado, 2019).



Ante todo, la sociedad brasileña parecía hallarse en un estado de anomia (Rezende, 2018) – entendida como desconexión de las normas sociales con la realidad, sin respeto ni cumplimiento – a raíz de la violencia que se vivía en todos sus sentidos. A las contradicciones sociales históricas que ya implicaban violencia social y cultural se le sumaba más que nunca la ausencia histórica del Estado en muchas periferias y el dominio del narcotráfico; las muertes diarias de jóvenes pobres y negros bajo la represión policial y gatillo fácil; la delincuencia y la inseguridad que iban en aumento. Éste era el clima que se experimentaba y que había empeorado con la crisis económica de 2014.

Esta es la misma crisis, como hemos analizado, que había mostrado los límites de la inclusión por el consumo del lulismo. La cuestión no es sólo de “fin del financiamiento” sino que desemboca en otras más complejas. Este tipo de inclusión había logrado, sí, un sentimiento de valorización, una percepción fuerte de autovalor de muchísima gente que desde siempre había sido excluida. No es solamente que ahora ya no podían seguir comprando objetos para lograr aceptación social, sino que también existía una amenaza latente de seguir perdiendo esta fuente de prestigio (por la inseguridad o la crisis). Como vemos, la integración a la sociedad de estas masas humildes se había dado no a través de una organización colectiva y empoderada sino por vía individual como clientes y consumidores en una economía neoliberal. Al sentirse parte de esta forma, se habían diluido las militancias territoriales, la articulación horizontal con los partidos y movimientos, la sensación de que la opinión de cada uno importaba para una construcción más grande y trascendente. Esta desmovilización se traducía en el deterioro de las formas democráticas. Esto, más todo el panorama crítico, alentaron el individualismo y conservadurismo popular que fue la leña para el fuego de las *fake news* (Pinheiro-Machado, 2019).

Una campaña de discurso desagregado, inconexo y ambiguo fue perfecta para avivar esos «microfascismos populares» (Goldstein, 2018) que comulgaron con la reacción elitista – «o *recalque*» (Pinheiro-Machado, 2019) – a la *insubordinación* de estos mismos sectores pobres producida durante el lulismo. Juntas, se alinearon muy bien con la amenaza, reaccionaria también, que sentían los hombres blancos, de clase media, sobre todo, frente al advenimiento del feminismo y movimientos LGBT+ (ídem). A lo que se le sumó, la forma ultrarreligiosa de interpretar estas cuestiones que los condenaba y veía como la encarnación del mal que quería destruir la familia, las buenas costumbres, los valores de Dios. Se conformó, así, toda una alianza oscurantista erigida sobre una simbolización religiosa de la lucha política – Dios vs. Diablo, Bolsonaro vs. el comunismo petista (Goldstein, 2019).

### **Qué democracia hay en Brasil hoy – reflexiones finales**

Siguiendo los argumentos de Rafael Rezende (2016, 2018), Ariel Goldstein (2016, 2018, 2019) y Rosana Pinheiro Machado (2019) en diálogo con los análisis de coyuntura brindados por Lena Lavinas, André Singer y Federico Neiburg (Nueva Sociedad, 2020), podemos identificar los principales elementos que componen el escenario político actual de Brasil. Prácticamente todos actúan como o bien como decantación, reafirmación o reconfiguración de las tendencias y procesos sociales que ya hemos desarrollado.



En general, podemos caracterizarlo por el protagonismo de la extrema derecha; las distintas expectativas alrededor de la gestión de Jair Bolsonaro tras su exitosa elección en 2018; la popularidad y poder crecientes de las iglesias evangélicas; el aumento de funciones públicas ejercidas por militares; el juego de *radicalización permanente* del oficialismo, sus primeras pérdidas de apoyo y búsqueda del *centrão* parlamentario; la ausencia de una estrategia clara del PT y la izquierda para disputar la hegemonía luego de la excarcelación de Lula; ante todo, la persistencia del clivaje cultural entre un sector conservador y/o reaccionario y otro progresista, que incluye diversas formas de resistencias (feminismo, antirracismo, movimientos populares...), al momento sin perspectivas de dialogar y reencontrarse en alguna expresión superadora. Ése es el encuadre en que la pandemia de COVID-19 se inscribe: como puede apreciarse, potenciando algunos factores – la apuesta por un discurso cada vez más irreverente por parte de Bolsonaro o el peso progresivo de los militares en el Estado – y poniendo en jaque otros – la necesidad de ir a formar una nueva alianza, aunque implique ser menos *outsider*.

Al describir esta coyuntura, Federico Neiburg habla de una *politización de la pandemia* y dice que “*el destino de Brasil pasa por el debate público acerca de la verdad y la mentira.*” (Nueva Sociedad, 2020). Es cierto: la pelea por el sentido que hoy se manifiesta en *uma gripezinha*, el desacato a las recomendaciones de los profesionales de la salud tras haber dado positivo del virus es la misma, o al menos asume la misma lógica, que la que Bolsonaro y la fuerza política que logró aglutinar viene dando desde el *impeachment*. Lo quiero decir es que, si hay algo a lo que fueron fieles, si hubo una constante desde el momento en que comenzaron a forjar su poder, tiene que ver con esta postura de desconocimiento de toda institución: no sólo de la salud, la ciencia y la academia en general, sino de todo un sistema racional-legal al que atacan como ineficaz y corrupto.

El problema es que en esta descalificación de la institucionalidad aflora el descreimiento en la democracia como régimen político y como forma de sociedad. La postura de Bolsonaro frente a la pandemia se estructura igual que la que tiene frente al *establishment* democrático-liberal. Su impugnación desbocada fue la estrategia que le permitió llegar a donde está hoy. En los tiempos que corren, la diferencia es que ese mismo electorado – digámoslo menos impersonal – los mismos brasileños que se habían sentido movilizados por ese discurso, están percibiendo cómo se vuelve en perjuicio propio. Más allá de las cifras alarmantes de contagiados y fallecidos, que dieron la impresión de no conmovirlo a Bolsonaro en absoluto, la activación de un mecanismo circunstancial, como el bono de ayuda económica, que reacomoda su imagen positiva, sí dieron cuenta de que no había tal sólido grueso fascista en el verde y amarillo. Entonces, ¿qué y quiénes son esos colores hoy? Ésa es la pelea por el sentido, la lucha por representar a la que hacía referencia y la que la pandemia contribuye a intensificar. Más simple: el desafío que el Covid-19 implica para todos los gobiernos del mundo actual, en Brasil se inscribe dentro de una crisis política en la que la ventana al autoritarismo estaba y continúa abierta. Crisis dentro de la cual la izquierda, que la derrota de Haddad dejó al descubierto como fracasada y sin rumbo en sus posibilidades de interpelación y movilización popular, debe repensar sus estrategias y formas de articulación con el pueblo en esta realidad urgente.

Tal vez una de las posibilidades que se abran hoy superen las decepciones y sorpresas de la ciudadanía – tanto por exceso como defecto – por las medidas del gobierno de Bolsonaro y por las rupturas dentro de su alianza, como haber dejado de contar con Sergio Moro, emblema de la lucha anticorrupción para su electorado. Tal vez no se trate solamente de ir confirmando lo inestable y ad hoc de los acuerdos políticos. Frente a la amenaza autoritaria, habrá que ver cómo reflotar el deseo de una mayor y mejor democracia, latente e irresuelto en este asalto elitista y populista a la vez. Porque fue ese significativo vacío de la representación política popular, abierto a su ocupación, que fue tomado por la nueva derecha, encadenando todas las broncas, desilusiones y – lo más asustador – odio de muchos sectores, proyectando en Bolsonaro una momentánea cohesión. Ahora que ha revelado su fragilidad, su carácter no de outsider sino derivado de poderes ya existentes en la república brasileña, ¿podrá continuar ocupando ese significativo? Si no es así, se abre un nuevo horizonte para renovar el lazo entre el pueblo y la política: esta vez más horizontal, participativo y democrático.

## **Bibliografía**

GOLDSTEIN, Ariel. *Introducción: ¿De dónde llegó Jair Bolsonaro?* en *Bolsonaro. La democracia de Brasil en peligro* / 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marea, 2019.

GOLDSTEIN, Ariel. *Las raíces del bolsofascismo*, en Dossier *Ele não?*, Centro de Estudios de Asuntos Políticos (CEAP), Facultad de Ciencias Sociales, UBA, octubre de 2018.

NEIBURG, Federico, *La politización de la pandemia, los féretros vacíos y el abismo brasileño*, Opinión, Nueva Sociedad, mayo 2020.

LACLAU Ernesto, «*Consideraciones sobre el populismo latinoamericano*», en Cuadernos del CENDES, Año 23, N° 62, Tercera Época, Caracas, mayo-agosto de 2006.

LACLAU Ernesto, «*La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana*», en Nueva Sociedad N° 205, Buenos Aires, 2006.

PINHEIRO-MACHADO, Rosana, *Amanhã vai ser maior: o que aconteceu com o Brasil e possíveis rotas de fuga para a crise atual*, Planeta, 2019

RAMIREZ GALLEGOS Franklin, *Mucho más que dos izquierdas*, en Nueva Sociedad N° 205, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2006.

REZENDE, Rafael y GOLDSTEIN, Ariel, *Brasil: fin de los gobiernos del PT, presente de crisis y resistencias*, en *Revista Política Latinoamericana*, N°2, Buenos Aires, julio-diciembre 2016.

REZENDE, Rafael, *Jair Bolsonaro, populismo de derecha y fin de ciclo político*. *Revista Política Latinoamericana*, N°7, Buenos Aires, julio-diciembre 2018.

SALLUM JR Brasílio, *Metamorfoses do Estado brasileiro no final do século XX*, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 18, N° 52, San Pablo, junio de 2003.

SINGER, André. *Brasil, junho de 2013: Classes e ideologias cruzadas*, Dossier *Mobilizações, protestos e revoluções*, *Novos estudos* 97, novembro 2013.

TIBLE Jean y Alana MORAES, *¿Fin de fiesta en Brasil?*, en *Nueva Sociedad*, N° 159, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2015.

TOER Mario, *De Moctezuma a Chávez. Repensando la Historia de América Latina*, Buenos Aires: Ediciones Cooperativas, 2015.

TORRE, Juan Carlos, *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*, Buenos Aires: Paidós, 1998. (Introducción y caps. 1 y 2)

### **Recursos**

*La radicalización permanente de Bolsonaro*, Entrevista a André Singer, *Revista Nueva Sociedad*, abril 2020.

*Brasil: pandemia, guerra cultural y precariedad*, Entrevista a Lena Lavinas, *NUSO* N° 287 / mayo - junio 2020.